

Antonio Montoro y San Juan de la Cruz

Antonio Montoro and San Juan de la Cruz

Giovanni CARAVAGGI

Autoría:
Giovanni Caravaggi
Università di Pavia, Italia
giovanni.caravaggi@unipv.it
<https://orcid.org/0009-0008-1524-0521>

Citación:
CARAVAGGI, Giovanni (2023). «Antonio Montoro y San Juan de la Cruz», *Anales de Literatura Española*, n.º 39, pp. 9-24. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.24800>

Fecha de recepción: 30/11/2022
Fecha de aceptación: 04/05/2023

© 2023 Giovanni Caravaggi

Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).



Resumen

Objeto del presente artículo es ilustrar la importancia de la vida y obra de San Juan de la Cruz en la literatura del poeta, novelista y autor teatral Antonio Montoro (1884-1966), autor cuya trayectoria literaria y periodística no se ha recuperado todavía con toda la atención que merece. En nuestro trabajo se procederá a comentar los diferentes escritos que Antonio Montoro redactó sobre el místico de Fontiveros, ofreciendo además amplios fragmentos textuales aún sin publicar, con el objetivo de estudiar el vínculo de las ideas literarias del autor con la gran tradición aurisecular española.

Palabras clave: Antonio Montoro; San Juan de la Cruz; mística española; biografía

Abstract

The aim of this article is to illustrate the importance of the life and work of San Juan de la Cruz in the literature of the poet, novelist and playwright Antonio Montoro (1884-1966), an author whose artistic figure has not yet been recovered with all the attention he deserves. In our work we will proceed to comment on the different writings that Montoro wrote about the mystic of Fontiveros, also offering extensive textual fragments still unpublished, with the aim of studying the link between Montoro's literary ideas and the great Spanish Golden Age tradition.

Keywords: Antonio Montoro; San Juan de la Cruz; Spanish mysticism; biography

Antonio Montoro (Sidi Bel Abbès, 1884 – Madrid, 1966), poeta, novelista, autor teatral y crítico literario de calidad remarcable, a causa de circunstancias desfavorables, sobre todo de origen político, está esperando todavía la valoración que merece. Muy escasas han sido hasta ahora las investigaciones críticas sobre su personalidad y creación literaria (Maggi, 2004; Serrano, 2018a y 2018b).

En particular, las vicisitudes dramáticas que le atormentaron durante los primeros años de la represión franquista marcaron de manera determinante su trayectoria existencial, sobre todo desde el momento de su ingreso en la prisión de Conde de Toreno (16 de abril de 1939), su estancia en la de Yeserías (desde el 29 de abril de 1939), hasta la concesión de la libertad provisional (23 de enero de 1940) y durante el largo procedimiento judicial que desembocó por fin en el sobreseimiento provisional de su causa (21 de octubre de 1942).

Sobre la formación juvenil de Antonio Montoro en Monóvar, donde frecuentó a Azorín, y su estancia en Madrid durante los años dinámicos de la II República y el durísimo exordio de la dictadura, resulta de fundamental importancia el perfil biográfico trazado por María José Calvo Montoro (2022)¹. Los inéditos y muchos documentos de Montoro se conservan actualmente en el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante, bajo la dirección de Emilio Rosillo. Concretamente, se encuentran en el *Fondo personal Antonio Montoro*, dirigido por Beatriz Bustos Mendoza, a la que, junto con el bibliotecario Agustín López Fernández, debo expresar mi más sincero agradecimiento por su disponibilidad a la hora de consultar el fondo.

Ya durante su estancia en Monóvar, Antonio Montoro había manifestado un interés concreto por la mística española y sus eminentes representantes del siglo XVI, a partir de unos breves artículos periodísticos de los años veinte, de molde esencialmente conmemorativo (en el primer caso, con difusos matices irónicos), como «Doctores honoris causa» (*El Luchador*, Alicante, 27-5-1922), «Teresa de Jesús» (*El Luchador*, Alicante, 11-10-1922), «Santa Teresa» (*El Día*, Alicante, 29-9-1926), «San Juan de la Cruz» (*El Día*, Alicante, 2-10-1926), estos últimos bajo la rúbrica «Clásicos castellanos». Pero es sobre todo después de su traslado a Madrid cuando Antonio Montoro vuelve con frecuencia a la figura y las obras de San Juan de la Cruz, fuentes de inspiración, al mismo tiempo, de su creación poética y de su investigación literaria. Un primer sondeo del abundante material inédito (manuscrito o mecanografiado) que nos ha quedado, permite reunir, de inmediato, un inicial conjunto de apuntes descriptivos.

1. Cabe recordar que una importante edición crítica de las *Poesías* de Antonio Montoro, con extenso estudio preliminar, va a ser publicada por el profesor Luca Zaghen.

Ahora bien, falta todavía la edición crítica de las *Poesías completas* de Montoro. El proyecto autorial que se puede considerar definitivo, fechado en 1958, lleva el título *La floresta iluminada*, y está dividido en ocho secciones, de extensión diferente, cada una con su propio *Preámbulo* en prosa. Dicho proyecto nos ha llegado en dos redacciones: un manuscrito autógrafo (con letra muy cuidada y elegante), revisado por el autor (Legajo XVII, Documento 2), y una copia mecanografiada, con algunos errores de tecleo (de escasa relevancia), que dejan suponer una revisión descuidada (Legajo XXIII, Documento 5).

La sección II incluye *Los sonetos de la Vieja Castilla*, que se reagrupan en dípticos. A San Juan de la Cruz está dedicado el *Díptico décimo quinto (Floresta, II, 17)*, intitulado: «Noche oscura en el pueblecito de Fontiveros», que aquí reproducimos.

I

¡Oh, Juan, tejedorcito de ilusiones!
 A tus limpios telares de Duruelo
 han llegado dos ángeles en vuelo
 a bajarte supremas instrucciones.
 ¡Cuidado, Juan poeta! Tus canciones
 las han visto cruzar el riachuelo
 de las faldas floridas del Carmelo;
 escalar los altísimos peñones.
 ¡Oh, Juan de Fontiveros! ¿Qué deseas?
 Las letras magulladas de tu nombre
 dibujan una cruz deslumbradora.
 Tus lirias, tus conceptos, tus ideas
 pasman mi corazón. Si eres un hombre,
 ¿cómo así te sumerges en la Aurora?

II

Juan de la Cruz, la noche se ha cerrado,
 «Noche oscura», sin astros, tormentosa.
 ¿Cómo dejas tu casa deleitosa
 y te lanzas al campo desolado?
 ¿Qué influencia interior te ha desvelado,
 o es que intentas cortar la blanca rosa,
 fragancia en la pradera misteriosa
 que jamás los mortales han pisado?
 La ciudad está lejos. Vuelve a casa.
 Tu sueño es un ensueño, hermano mío;
 misticismo español, mar sin orilla.
 Juan de la Cruz, ¿qué buscas, qué te pasa?
 En tu noche de amor y desvarío,
 palpita toda el alma de Castilla.

En su vibrante adhesión afectiva al fervor espiritual de un personaje que considera carismático, Antonio Montoro intenta abrir un diálogo confidencial que aporte un alivio a sus propias inquietudes y, con preguntas apremiantes, le solicita un mensaje alentador. Desde luego, en esta serie de sonetos que, según el parecer del autor, «pueden considerarse impresionistas» (*Floresta*, II, *Preámbulo*, 1), convendría examinar también los que se dedican a Santa Teresa en el *Díptico primero* (*Floresta*, II, 3): *Voces en el convento de la Encarnación de Ávila* (I «De mi casa enfanzona, en aquel huerto»; II «Esa voz me decía dulcemente»); y en el *Díptico décimo* (*Floresta*, II, 12): *En la ciudad de Ávila persiste el silencio* (I «La ciudad de Teresa, que avasalla»; II «En Ávila el silencio es necesario»).

Presumiblemente, la lectura de los grandes místicos (no solamente castellanos) logró ejercer un efecto catártico en el estado de ánimo del poeta, ya durante las vicisitudes angustiosas de la primera posguerra, como atestiguarían las alusiones deducibles de otros contextos poéticos; véase, por ejemplo, la última décima de *El corazón enfermo* (*Floresta*, III, *Las espinelas sin rima*, 3, vv. 31-40):

Reloj, o barca o paloma,
mi corazón no resiste
olas del mar de la vida.
Lo encomiendo a los dos hombres
que mejor recetar saben
la medicina cristiana:
San Francisco, el italiano,
y el español carmelita
llamado Juan de la Cruz.
¡Ellos cuiden del enfermo!

Es igualmente atractivo el proyecto de un largo *Poema de San Juan de la Cruz*, que debía pertenecer a *La flauta de Pan* (Legajo XVIII, Documento 2; véase también el Legajo XXIII, Documento 3). El mismo quedó finalmente interrumpido. Se conserva solo la parte inicial, con portadilla mecanografiada: «*La Flauta de Pan / (Opera omnia) / Poesías de / Antonio Montoro Sanchis*», y título manuscrito: «*Poema de San Juan de la Cruz / (fragmento)*»; consta de once hojas mecanografiadas (la última con firma autógrafa y fecha: «Antonio Montoro / Madrid. Fiesta de la Raza / 1950»), que incluyen un *Pórtico* (ff. 1-4) y un «*Canto Primero / El niño*» (ff. 1-10), en «canciones aliradas» (respectivamente I-XII y XIII-XXXVI; la XII numerada erróneamente como XXII). Antonio Montoro privilegia en este esbozo de poema un esquema estrófico bastante raro, compuesto de seis versos endecasílabos y heptasílabos (*AAbCCb*), que suele considerarse variante modernista del *frente* de las *Canciones* II y III de Garcilaso de la Vega

y de las respectivas *vueltas a lo divino* de Sebastián de Córdoba (*abCabC*). Se reproducen, a título referencial, el exordio y la conclusión de ambas partes:

Recogiendo la esencia del Carmelo,
quiero cantar, con ansia, con anhelo,
a un ser desvanecido;
quiero cantar a un astro nebuloso,
extraño personaje misterioso
en la tierra metido. (*Pórtico*, I, f.1 r)

Por eso lo queremos los poetas;
por sus lirás, por las voces secretas
de su canción lejana;
por la savia ondulante que ha sembrado,
cual nuevo Triptolemo tras su arado,
en tierra castellana. (*Pórtico*, XII, f.4 r)

Nació Juan de la Cruz de Catalina,
una mujer de vida cristalina,
de pálido semblante.
Nació Juan de la Cruz en Fontiveros,
Noche clara, brillaban los luceros
en el azul distante. (*Canto Primero / El niño*, XIII, f. 1 r)

Se yergue en la llanura castellana
un Carmelo vital; un niño gana
la cruz del misticismo.
Si se ensancha Castilla, no lo advierte;
si el vivir le cautiva, queda inerte,
queda muerto en sí mismo. (*Canto Primero / El niño*, XXXVI, f. 11 r)

En cuanto a los ensayos de crítica literaria de Antonio Montoro, sobre los que no se ha realizado todavía un estudio pormenorizado, se revela no menos interesante un amplio proyecto de 1933, que permaneció inédito y hoy se conserva en el mencionado archivo de la Universidad de Alicante, Legajo II, Documento 2. Se trata de un manuscrito autógrafo, numerado hasta la página 71, pero con discontinuidades (por ejemplo, a la p.16 sigue la p.16 bis; de la p. 27 se pasa a la p. 31, etc.). Su grafía elegante y cuidadosa no excluye la presencia, en el interlineado, de muchas enmiendas, que parecen atestiguar una revisión general del texto, quizás a distancia de unos años; además, en el verso de algunas páginas se añadieron notas y adiciones.

En la portadilla, hoy bastante estropeada, se pone en evidencia la destinación del texto y, muy genéricamente, su orientación tipológica: «Concurso Nacional de Literatura / 1933 / «San Juan de la Cruz» / (Ensayo para una

Biografía)»². En la primera página, sin numerar, se encuentra un título más articulado, que aclara la fisionomía del ensayo: «San Juan de la Cruz» / (Semblanza apologética)». Sigue un breve prólogo, abierto por una pregunta que el autor parece plantearse a sí mismo, y adquiere una notable relevancia, porque indica los destinatarios ideales de la *Semblanza apologética*: «¿Cómo debe ser un libro de lectura para niños?». Para encontrar una respuesta satisfactoria es oportuno remitir a la versión mecanografiada del prólogo, más extensa que la manuscrita, en cuya conclusión no faltan explícitas afirmaciones programáticas (véase el Legajo IV, Documento 2, f. IV r). Según la opinión de nuestro autor, un libro que reúna las condiciones de raza, espíritu, paisaje, cultura y fortaleza, será un buen libro de lectura para niños. En tal caso, todos los géneros pueden aceptarse: fábulas, biografías, arte, viajes, literatura, novela, historia, teatro, cuentos. El objetivo último es abrir un amplio horizonte a la imaginación infantil, a su fantasía maravillosa.

En la *Semblanza*, Antonio Montoro, probablemente, intentaba definir en términos concretos el criterio de su peculiar acercamiento a la personalidad de San Juan de la Cruz. Pero, con el pasar de los años, debió considerar de escasa pertinencia esta digresión sobre la literatura infantil, que en efecto resultaba relacionada de manera algo genérica con el ensayo biográfico sanjuanista, y volvió a redactar otra versión más apropiada, que comentaremos enseguida.

La *Semblanza apologética* se reparte en quince capítulos, de extensión muy diferente. La p. 1 (sin numerar) lleva un subtítulo explicativo: «Vida y milagros de un poeta místico de Castilla». En el verso de la p. 69 se encuentran algunas «adiciones» borradas por completo; en el verso de la p. 70 aparece el texto, totalmente borrado, de una antigua p. 66: probablemente el autor volvió a utilizar dos hojas que había descartado (tal y como lo hizo en otras ocasiones). El último capítulo (XV), de escritura muy apretada, ocupa solo la p. 71 y concluye con un breve retrato del protagonista y una concisa alocución de despedida al «lector curioso», destinatario al parecer bien diferente respecto «a los niños» del prólogo:

Y finalmente, el dibujo corpóreo del frailecico de Fontiveros: «Era de estatura entre mediana y pequeña; el rostro de color trigueño, flaco, pero bien proporcionado; calva venerable, y frente espaciosa; los ojos negros, mansos y suaves;

2. En ese año 1933, el primer premio del Concurso se otorgó a Vicente Aleixandre (*La destrucción o el amor*), a Ramón Ezquerro Abadía (*La conspiración del Duque de Hija*) y a Ernesto Giménez Caballero (*El Belén de Salzillo en Murcia. Origen del Nacimiento en España*); el segundo a José María Morón (*Minero de estrellas*); obtuvieron el accésit Adriano del Valle, José Antonio Muñoz Rojas, Alfredo Marquerie, Luis Cernuda, Bernardo Artola Tomás, Rafael Láinez Alcalá, Hipólito R. Romero Flores y Enrique Azcoaga Ibas.

nariz igual, que tiraba algo a aguileña; la boca, labios y barba, con todo lo demás de su rostro y cuerpo, en debida proporción; todo el semblante grave y apacible, y sobre manera modesto, en tanto grado que sólo su presencia y composición exterior componía a los que le miraban, y representaba un no sé qué de soberanía celestial con que movía a venerarle y amar a Dios»

Con esto, lector curioso, la semblanza apologética de San Juan de la Cruz queda terminada.

El «dibujo» se inserta entrecomillado, pero sin referencia directa a su fuente. No cabe duda de que se ha sacado de una célebre biografía de Fray Jerónimo de San José, la *Historia del venerable padre fray Juan de la Cruz*, que fue publicada en Madrid, por Diego Díaz de la Carrera, en 1641, y volvió a publicarse, poco después, como introducción de las *Obras del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz* (Madrid, Gregorio Rodríguez, 1649): *Dibuxo del Venerable Varón Fray Juan de la Cruz por Fray Jerónimo de San Josef*. Antonio Montoro poseía en su biblioteca esta rara y preciosa edición, y a dicho «dibujo» recurrió con frecuencia, mencionándolo varias veces, en su *Semblanza*, con referencias específicas (es el caso de la p. 69, acerca de una dolencia de San Juan de la Cruz): «dejo que la explique el tantas veces citado fray Jerónimo de San José. Sus palabras tienen todo el perfume de la época...». En los márgenes del *Dibuxo* de la biblioteca del autor se encuentran numerosas llamadas autógrafas, a lápiz (las primeras veinticuatro numeradas), que subrayan varias frases.

Con refinada sensibilidad interpretativa, Antonio Montoro lograba reconstruir, en su largo ensayo, un atractivo retrato del místico de Fontiveros. Sin duda, su inteligente interpretación merecería más atención por parte de la crítica especializada. La exégesis de los textos poéticos no recibe, al contrario, un desarrollo de particular interés, y queda, en algún caso, expresamente evitada, como se aclara en el breve comentario (p. 14) que antecede a la reproducción integral de la *Noche oscura* (pp. 15-16): «Como las estrofas de la *Noche oscura* son una joya del tesoro de la poesía castellana, voy a insertarlas aquí. El curioso lector que las pruebe y las analice si quiere. Estas notas biográficas no quieren aparecer críticas ni eruditas, solo desean presentarse humanas».

Algunos acontecimientos evocados en la *Semblanza* debieron favorecer, por su aspecto novelesco, una elaboración narrativa autónoma, como se nota en un autógrafo conservado en el Legajo III, Documento 5. Se trata de un manuscrito de cuatro cuartillas, en limpio, sin fecha ni referencia autorial; se incluye actualmente en una carpeta con otros manuscritos y documentos anteriores a la Guerra Civil; probablemente, podría fecharse entre 1933 y 1936. Con una trama narrativa muy compacta se celebra el episodio azaroso de la evasión de San Juan de la cárcel toledana, bajo un título bastante descriptivo: *Hechos memorables de Castilla. / Prisión y fuga de San Juan de la Cruz*.

El texto procede directamente de la *Semblanza* (caps. VI-VII, pp. 26-34), una extrapolación selectiva bien articulada que procedemos a comentar aquí a través del cotejo de algunos párrafos significativos. El exordio, por ejemplo, se centra en el momento decisivo del conflicto entre calzados y descalzos:

Semblanza, p. 26 r: En 1577 –año en que ocurren estos incidentes– la paz que parecía existir entre las dos familias carmelitas quedó rota después de la junta de Almodóvar (1). La guerra fue declarada francamente. Los padres calzados querían extinguir las nuevas congregaciones y procuraron dominar las principales figuras. Pagó por todos el padre Juan.

p. 26 v. (nota 1) Además, celebrado el Capítulo general de Piacenza, se acordó excomulgar a los frailes primitivos que persistían en seguir la regla reformada.

Hechos [incipit]: En 1577 la paz que parecía existir entre las dos familias carmelitanas– frailes descalzos y frailes calzados–, quedó rota. Después del Capítulo general celebrado en Piacenza, se acordó excomulgar a los religiosos que observasen la regla primitiva, la regla del cardenal Hugo resucitada por Santa Teresa. Quedó la guerra declarada francamente. Los padres calzados desarrollaron una persecución durísima contra las figuras principales de los descalzos. Pagó por todos el padre Juan de la Cruz. Tenía entonces treinta y cinco años.

Pasando a la parte crucial del relato, el momento de la evasión se va perfilando en una idéntica sucesión de secuencias, que presenta además un estrecho paralelismo sintagmático:

Semblanza, p. 32: Bajo tal estado de ánimo, decidió fugarse de su prisión. Para un hombre así, querer es poder. Aceptado ya el pensamiento de la fuga, el padre Juan volvió a recobrar su madurez de criterio; volvió a recobrar su compostura de siempre que acaso había visto disminuir y adelgazarse en sus horas acerbas de la cárcel.

Despacio, serenamente, hizo trizas estrechas las dos mantillas de la cama. Después, anudó estos retazos. Resultaban cortos y débiles para sustentarle. ¿Pensó en los peligros que una evasión así encerraba? Le pasó lo que les pasa a casi todos los presos que se descuelgan: el ansia de verse libre les quita matemáticas de la cabeza, y la cuerda siempre resulta insuficiente, o por corta o por frágil.

Hechos, p. 3: Bajo tal estado de ánimo, decidió fugarse de la prisión. Para un hombre así, querer es poder. Aceptado ya el pensamiento de la fuga, el padre Juan volvió a recuperar su compostura de siempre que acaso había visto disminuir y adelgazarse en las horas acerbas de estas cavilaciones. Despacio, serenamente, hizo trizas estrechas las dos mantas de la cama; luego, anudó estos retazos. Resultaban cortos y débiles para sustentarle. ¿Pensó en los peligros que una evasión así encerraba? Le pasó lo que sucede a casi todos los presos que se descuelgan: el ansia de verse libre les quita matemáticas de la cabeza, y la cuerda resulta siempre insuficiente, o por corta o por frágil.

En la conclusión, se logra una estructura narrativa más compacta, mediante la oportuna eliminación de tramas secundarias y pormenores inoportunos:

Semblanza, p. 34: La llegada fue providencial: un demandadero salía en ese instante para llamar a un confesor, pues una religiosa se hallaba en peligro de morir. ¿Esperaban acaso las monjas la llegada del padre Juan; y aquello era un ardid? El carmelita descalzo pudo entrar como confesor en la clausura monástica. Fue salvadora la casualidad, pues un momento después, llegaban sus enemigos los padres calzados a ver si se hallaba en el convento. Registraron la iglesia, el locutorio, la sacristía. No encontraron al fugitivo. Si fue una estratagema, estuvo finamente combinada.

Vivía entonces en la ciudad un caballero, don Alonso de Toledo, gran valedor de la madre Teresa. ¿Intervino este señor en la fuga y ocultación del padre Juan? Lo cierto es que al poco rato de marcharse los carmelitas que buscaban al fugitivo descalzo, pasaba en la plazuela de las Descalzas una vieja carroza. Bajó del vehículo un respetable canónigo y entró en el monasterio. Al salir, iba en la compañía del padre Juan. Subieron los dos al carruaje, que se perdió bien pronto en la sombra de las callejuelas toledanas. Fue hospedado en casa de este sacerdote el poeta por algunos días. Los frailes, mientras tanto, le buscaban con el más discreto disimulo por todos los rincones de Toledo ⁽¹⁾.

(Sigue, al verso de la p. 34, una larga nota 1 sobre la construcción de la iglesia de Santo Domingo el Antiguo; el mismo argumento vuelve a desarrollarse al comienzo de la p. 35).

Hechos [éxplicit]: La llegada del poeta fue providencial: un demandadero salía en ese instante para llamar a un confesor, pues una religiosa se hallaba en peligro de morir. ¿Esperaban acaso las monjas la visita del fugitivo? ¿Era solo un ardid de la monja enferma de muerte? El fraile descalzo pudo entrar como confesor en la clausura. Unos instantes después, llegaron sus enemigos los frailes calzados. Registraron la iglesia, el locutorio, la sacristía. No lo hallaron. Al poco tiempo de marcharse los carmelitas, pasaba en la plazuela de las Descalzas una vieja carroza. Bajó del carruaje un canónigo y entró en el monasterio. Al salir, iba acompañado por el padre Juan. El vehículo se perdió bien pronto en las sombras de las callejuelas toledanas.

Ninguno de esos manuscritos llegó a publicarse. Sin embargo, cabe suponer un proceso de revisión del proyecto de 1933 alrededor de los años cuarenta, cuando Antonio Montoro, recién liberado de la cárcel (con decisión provisional), seguía viviendo bajo la amenaza de una condena definitiva. Efectivamente, la copia mecanografiada del prólogo ya mencionada (hoja IV), con toda evidencia reutilizada, conserva en el verso dos distintas redacciones autógrafas de un mismo poema conmemorativo dedicado a la madre del poeta, con el título: *18 marzo / 1910-1940* («Tres décadas, señora y madre mía, / tres décadas sin ti, sin tu presencia...»).

Además, en el alicantino Archivo de la Democracia (Legajo IV, Documento 1) se halla otro prólogo, de ocho hojas mecanografiadas y numeradas, con título manuscrito (*Prólogo de Ricardo León*), correcciones manuscritas, firma autógrafa y fecha manuscrita: «Madrid 1940».

Todos estos datos avalan la hipótesis de un proyecto de edición de la *Semblanza apologética* bajo el amparo del escritor Ricardo León, un personaje de la época bastante influyente, que había contratado a Antonio Montoro como colaborador ocasional. El énfasis retórico dominante en algunas de estas páginas ha envejecido mal, por así decirlo, sobre todo en las frecuentes expresiones celebrativas del nuevo régimen franquista. Pero quizás la ostentada incensación panegírica, en la intención del autor, hubiera podido ofrecer al destinatario del prólogo algún apoyo político, teniendo en cuenta las amenazadoras circunstancias del proceso pendiente.

La edición de la *Semblanza apologética*, como ya se ha recordado, no fraguó. Pero Antonio Montoro no quiso renunciar a desarrollar su proyecto de ensayo biográfico sobre San Juan de la Cruz. Si bien falta todavía recopilar toda la documentación específica, conocemos un testimonio de gran interés a propósito.

En el citado archivo (Legajo IV, Documento 3) se conserva un manuscrito sin fecha, redactado en limpio, de grafía ajena y desconocida; lleva en el interlineado varias correcciones, al parecer de la misma mano; consta de veinticuatro páginas, numeradas en dos series, con sendos títulos:

- *Prólogo*, pp. 1-5
- *San Juan de la Cruz*.
- I. *Brote místico*, pp. 1-10
- II. *Siervo de Dios y poeta*, pp. 11-19

La palabra *Prólogo* ha sido corregida sobre *Introducción*, tachada. El autor comienza su escrito con una breve reseña de ensayos biográficos publicados sobre el autor; en la conclusión, mucho más personal, aclara explícitamente sus intenciones, lo que quiere y no quiere hacer, con una planificación que, en esta ocasión, indica sin ambigüedades la orientación metodológica a adoptar:

- [incipit, p. 1]: Difusión considerable han alcanzado las biografías y ensayos acerca del poeta místico San Juan de la Cruz. Solamente la sobrepasan las referentes a Santa Teresa de Jesús y a Fray Luis de León. Casi en igual número que aquellas pueden calcularse las escritas sobre el mallorquín Raimundo Lulio, aunque muchas no figuran en los catálogos por la curiosa «razón del idioma»; es decir, por haber sido escritas en lengua vernácula. Menos abundantes son las biografías de Fray Luis de Granada, de Fray Francisco de Osuna, de Fray Alonso de Madrid, de Fray Pedro Malón de Chaide, de Fray Juan de

los Ángeles...E infinitamente más escasas las de Fray Juan Clímaco, Dionisio el Cartujano, San Buenaventura [...]

– [éxplícit, p. 5]: Pretendemos con este ensayo separar de la abundosa literatura biográfica acerca de San Juan de la Cruz todo aquello que pudiera hacer menos clara su vida de poeta y de religioso. Queremos seguir una línea recta y sencillísima, sin símbolos ni metáforas que son alimento de la fantasía. Mostrar su vida irradiante, de única finalidad mística, a través de sus hechos. Pretendemos huir del fárrago y de imitaciones materiales. Nos mueve, repetimos, un deseo de difusión. Y de que la belleza de su obra y de su vida se admitan como ejemplo de las verdades de la fe, la cual es, al fin y al cabo, lo que está salvando a la humanidad.

Claro que corremos el riesgo de no lograrlo. Pero, el riesgo es bello, dijo Platón.

Consideramos conveniente reproducir a continuación el comienzo y la conclusión de los dos capítulos del nuevo ensayo biográfico.

San Juan de la Cruz.

I / Brote místico

– [íncipit, p. 1]: El niño era un brote terreno de las raíces místicas eternas.

Por alto designio, por voluntad de Dios.

Que ni su padre, el tejedor de Fontiveros Gonzalo de Yepes, de familia de Obispos e Inquisidores – «Yepes es un buen apellido de los más antiguos y solariegos de la villa de aquel nombre» asegura un manuscrito de fines de 1500 –, ni su madre, la humilde y hermosa Catalina Álvarez, sabían nada de las inefables expresiones místicas. Ambos vivían cercados por el alto muro de la realidad cotidiana. No conocían otra norma espiritual que la práctica religiosa en sus formas rituales.

– [éxplícit, p. 10]: Ahora es solamente un escolar de entendimiento privilegiado.

Y una temprana revelación. Esbozo de una figura que alcanzará alto grado en la escala de las valorizaciones literarias universales.

Alma que nace para vivir en el ámbito divino.

Conciencia religiosa.

Brote místico.

II / Siervo de Dios y poeta.

– [íncipit, p. 11]: Se proyectaba sobre el espíritu de Juan de Yepes el auge de la literatura religiosa del siglo XVI.

Conviene tener en cuenta que esta nueva vía a los movimientos o inquietudes espirituales, no estaba claramente abierta en España con anterioridad a este siglo. Se habían publicado algunas obras de expresiones místicas, tales como el *Abecedario Español* de Francisco de Osuna –Sevilla 1528–.

– [éxplícit, p. 19]: Aceptemos, pues, el misterio. Pero, misterio sin sombra, claro, de luz prístina que no ciega, como podemos apreciar en la trayectoria de su poesía y de su vida sacerdotal.

Misterio que, en su eternidad, nos salva del derrumbamiento [sic] absoluto de los sentimientos nobles.

Misterio cuanto le sucede al niño Juan de Yepes.

Misterio el éxtasis religioso del sacerdote Juan de Santo Matía.

Misterio la lírica mística del poeta San Juan de la Cruz, que le redime totalmente de las tinieblas de lo fantástico.

En su nuevo proyecto de biografía sanjuanista, Antonio Montoro vuelve a elaborar una parte consistente del material utilizado en los ensayos anteriores. Una comparación textual pormenorizada podría documentar las líneas directrices de un sistema de refundición que, por otra parte, queda ya nítidamente perfilado en la muestra que aquí exponemos:

Semblanza apologética, Cap. I, pp. 2-3: La época prometía estas floraciones tempranas. Por un lado, lectura de libros de santos, en cuyas vidas el martirio representaba un galardón sublime. Lectura, por otro lado, de libros de caballería, con sus elogios y ditirambos al valor, al esfuerzo del brazo invencible. Milagros, en el vivir religioso; encantamientos, en el vivir caballeresco. ¿Y en el vivir real? Todo ello, en Castilla, llena de fe, radiante de vibraciones guerreras, bajo el reinado del católico monarca que se atrevió con el asombro de El Escorial.

Claro es que el niño dormía felizmente cuando le descubrió su madre sobre la gavilla de sarmientos. Si al principio se tendió allí por un deseo de padecimientos corporales, después vino el sueño y le rindió. La naturaleza es así de sabia: deja espacio para los desvaríos, para las iluminaciones interiores; pero luego llega la realidad, y los niños se duermen sobre los mismos instrumentos de sus torturas. La madre le despertó y le obligó a que se acostase en su pobre cama. El niño, un poco avergonzado, cumplió el mandato. Todo lo que se quiera menos disgustar ni desobedecer a su madre.

Brote místico, p. 5: Por otra parte, la época prometía tempranas floraciones. Lectura de libros de santos, en cuya vida el martirio representaba el galardón más sublime. Ditirámicos libros de caballería, como loa al esfuerzo del brazo invencible. Milagros en el vivir religioso; encantamiento, en el caballeresco. Y todo en Castilla, en las tierras pardas bajo el cielo nuboso; en la Castilla llena de fe, vibrante de glorias guerreras, dominada por el monarca que se atrevió con El Escorial.

Dormía felizmente el niño cuando le descubrió su madre sobre la gavilla de sarmientos. El deseo de Juan de padecimientos corporales fue vencido por el sueño. Natura es así de sabia. Deja espacio para las iluminaciones del espíritu y da reposo a la materia física entornando en el dulce sopor los ojos de los precoces mártires que sueñan y duermen sobre sus propios instrumentos de tortura.

Le despertó Catalina y le obligó a que se acostase en su pobre cama. El niño, un poco avergonzado, obedeció. Todo menos disgustar a la madre.

La aportación más singular de Antonio Montoro al estudio de la poesía de San Juan de la Cruz quizás sea un ensayo crítico que lleva la fecha de 1942, y que consiste en un intercambio epistolar ficticio de apuntes.

En el Legajo IV, Documento 8, se conserva un manuscrito autógrafo titulado «Seis epístolas literarias»: consta de veinticuatro páginas numeradas en el recto y en el verso de sus doce cuartillas, de formato horizontal. Arriba del título, separada por una línea, se indica, con grafía esmerada, el destino del ensayo: «Certamen escolar / (Cuarto centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz. 1542-1942) / Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid». Posteriormente, el autor añadió en el margen superior de la hoja, con grafía algo apresurada (y cometiendo una imprecisión), un detalle importante, que no podía omitirse en la participación en el certamen: «Tema segundo: «La obra poética y los comentarios en prosa de San [Juan] de la Cruz»».

En su nuevo intento por participar en un concurso público, Antonio Montoro inventa una relación epistolar amistosa con una religiosa de Denia, cierta «hermanita Sor Plácida», que había solicitado su ayuda con la intención de participar en el certamen convocado por la Universidad de Madrid. Con semejante artificio literario, Antonio Montoro pretende atribuirse tan sólo el papel de mentor, dejando así la responsabilidad de lo expuesto en el texto a la monjita imaginaria que vive en las playas soleadas del Mediterráneo. El autor se declara feliz de poder ofrecerle su apoyo. Para satisfacer la solicitud, prepara un comentario de las obras sanjuanistas. En realidad, se trata de un comentario bastante conciso, de esmerada elegancia expresiva y de orientación preeminentemente impresionista, en cuyas tersas volutas descriptivas afloran a menudo las imágenes del amado paisaje levantino que ciñe «esa hermosa Denia», abrazada por el azul del mar, hacia Benidorm y Alicante.

Desde el exordio se perfila un contraste entre la amenidad de la costa y la aspereza de las mesetas castellanas, expresiones paisajísticas vehículo de diferentes actitudes mentales, que de hecho reflejan las dos almas de Antonio Montoro y sus opuestas experiencias existenciales: la serenidad del pasado monovero y la angustia del presente madrileño:

[Ep. I, pp.1-2]: Hermanita sor Plácida: me llena de satisfacción y alegría tu impulso espiritual de concurrir al certamen universitario respecto al IV Centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz. Lo que solicitas de mí, lo tendrás. Bien poquita cosa: notas que logré reunir durante mis peregrinaciones y notas de mis lecturas; todas ellas en relación con el poeta místico de Castilla. Al grano, pues.

Mientras tú gozas la visión jubilosa del mar en esa hermosa Denia – y pronuncias el nombre primitivo que le dieron los foscios fundadores: «Artemison»; mientras contemplas la magnífica playa donde se deshacen las

olas en espuma –yo reflexiono: el frailecico de Fontiveros no pudo ver el mar. Ni por el norte, llegó al Cantábrico; ni por occidente, alcanzó al Atlántico; ni por levante ni por el sur, logró el espectáculo azul del Mediterráneo. Resulta, pues, que San Juan de la Cruz, «el hombre interior», lo era doblemente: por espíritu y por geografía física. Si alguna vez lo vemos envuelto en melancolía, ya conocemos bien la causa: la misma de toda Castilla. «Castilla está triste porque no puede ver el mar».

Tiende en toda ocasión este gran hombre a lo sublime. Recordarás que nuestro concepto escolar de lo sublime descuenta por imperfectas esas cualidades flojas de la amabilidad, la belleza, la simpatía, que llevan fácilmente a la compasión, a la blandura de sentimientos de los que se llaman personas complacientes. Lo sublime se basa en principios de carácter general; cuanto más amplios son estos principios, tanto más noble se vuelve la persona que los alimenta. Cuando el sentimiento de la dignidad de la naturaleza humana logra la máxima perfección en un ser, este hombre se amará a sí mismo; pero no más que a cualquiera de los otros hombres. Solo con una visión tan ancha del sentimiento se llega a la virtud de lo sublime. ¿Poseía esta virtud excelsa nuestro frailecico?

Antonio Montoro presenta, pues, a la monjita Sor Plácida como un personaje real, confiándole no tanto un papel de heterónimo, sino más bien la función de intermediario entre el autor efectivo y el destinatario implícito del comentario sanjuanista; es decir, los jueces del concurso, expresamente evocados en la última página, un intento propiciatorio que resulta ser no muy hábil. Se simula así un largo diálogo a distancia, aunque de las respuestas que el autor finge recibir queden solo las escasas noticias que él mismo quiere relatar.

A lo largo de las seis misivas imaginarias se ensartan, como sugerencias, las sutiles reflexiones de Antonio Montoro sobre los principales textos poéticos sanjuanistas («En una noche oscura», el *Cántico espiritual*, y «Oh, llama de amor viva»), con muy escasas referencias a los comentarios en prosa. Este recurso ficticio se extiende al entero proyecto, llegando a justificar la enérgica peroración y la ingenua *captatio benevolentiae* de un final algo incauto:

[Ep. VI, p.24]: Ya no escribo más de las poesías y de las prosas de San Juan, hermanita Plácida. Quiero sólo decirte que, con motivo del centenario de su nacimiento, los intelectuales españoles debían comenzar una enjundiosa campaña para volver a colocar las cosas en su sitio. ¿Revalorización? No sé si te gustará el vocablo; a mí no me satisface. Quiero decir, meter en el templo clásico de líneas rectas y escuetas y de piedra desnuda, las obras que allí deban estar. Separar las que corresponden a los templos de adornos complejos del barroco, las que allí deben guardarse. Conceder también una capilla oscura y lúgubre para todas las creaciones románticas. Los demás «ismos», ¿qué nos pueden importar a los jóvenes camaradas del momento intelectual de España?

Si así se hiciera, con gran estilo metódico, se lograría el orden y la jerarquía en estos asuntos espirituales; es decir, se lograría también un claro itinerario

político y social hacia la grandeza española. ¿Volver a los clásicos del Primer Siglo de Oro? Sí, sí; eso es lo que pretendo; y mis ilusiones son que podamos encontrar en estos estudios profundos el anhelo espiritual de la Patria. Volver a los clásicos religiosos y poetas como fuentes inspiradoras de altos ideales que siempre actuaron de palanca de Arquímedes para el empeño de mover el Mundo.

Cuando regreses, hermana mía, y después de charlar de las olas, de las velas latinas, de las uvas y los higos, de las palmeras y de los azules celestes y marítimos, te podré copiar a máquina, sin muchas equivocaciones, y a un sólo espacio para evitar el gasto de papel, tu ensayo para el Certamen universitario. Después de la entrega en la Facultad de Filosofía y Letras, pediremos al magno poeta místico de Castilla que influya en el ánimo de los jueces para que te concedan el más pequeño premio que sea posible, para que «la mosca no toque con sus alas lo pegajoso y dulce de la miel». Así sea.

El carteo imaginario entre el poeta de Monóvar y la monjita de Denia se desarrolla hasta el inicio del otoño de 1942, dejando a la presunta aspirante el tiempo necesario para presentar su ensayo en la Facultad.

Merece la pena recordar que en aquel momento Antonio Montoro, aun habiendo obtenido la libertad provisional el 12 de enero de 1940, quedaba todavía a la espera de la conclusión del expediente sumarial a su cargo. El 22 de setiembre de 1942 tuvo que comparecer ante el Juez Instructor, y el día siguiente recibió la notificación de prisión atenuada en su domicilio; tan solo el 6 de noviembre siguiente se le notificó oficialmente el sobreseimiento de la causa, que le había sido acordado el 21 de octubre por el Juez Auditor de Guerra del Ejército del Guadarrama («a fin de que se ponga al encartado en libertad definitiva, remitiendo el oportuno testimonio al Consejo Superior de Justicia Militar»; en *Expediente «Consejo de Guerra»*, Archivo de Alicante, Legajo XXVI, Documento 11: es transcripción realizada por el profesor Glicerio Sánchez Recio).

Huelga recordar que, en aquel áspero clima político, la condición en la que Antonio Montoro se encontraba no permitía que se tomase en consideración su participación en un concurso público.

Bibliografía citada

- CALVO MONTORO, M. J. (2022), «Nota biográfica», en Montoro, A., *Viñetas de Monóvar (1929-1931)*, intr. J. Serrano, ed. M. J. Calvo Montoro, Monóvar, Asociación de Estudios Monoveros, pp. 21-27.
- MAGGI, E. (2004), «El Romancero de la Guerra Civil de Antonio Montoro», *Salina*, n.º 18, pp. 195-206.
- SERRANO, J. (2018a), «La producció literària d'Antonio Montoro durant la Guerra Civil Espanyola», *Monòver*, pp. 141-144.

SERRANO, J. (2018b), «D'Antonio Montoro. Un colofón de 1930», *Monóvar. Revista AEM*, junio 2018, pp. 8-9.